

AGUAS DEL TORRES ME LLEVAN

Mario Zaldívar

La historia de la literatura registra la creación de personajes que han marcado diversas etapas de su esplendor y desarrollo. Desde la aparición de El Caballero Andante, primero con el *Amadís de Gaula* y su consagración con *Don Quijote de la Mancha*, los libros de todo el planeta han enriquecido la novelística con personajes de toda laya. En el Siglo de Oro de las letras españolas surge El Pícaro, descrito en obras tan importantes como *El Lazarillo de Tormes*, anónimo; en *Mateo Alemán*, de Guzmán de Alfarache; *La Vida del Buscón*, de Quevedo; y *Rinconete y Cortadillo*, de Miguel de Cervantes.

En 1841 se publica en los Estados Unidos el libro *Los crímenes de la calle Morgue*, de Edgar Allan Poe, con el que se inaugura el género de novela policíaca, donde un personaje, El Detective, crea toda una saga de novelas que giran a su alrededor. De esta producción son los famosos Sherlock Holmes de Arthur Conan Doyle, Hércules Poirot de Agatha Christie, el coronel Maigret de George Simenon, Sam Spade de Dashiell Hammett, Philip Marlowe de Raymond Chandler, hasta los más recientes, Pepe Carvalho de Vázquez Montalbán y Mario Conde de Leonardo Padura. Con el *Boom* de la literatura latinoamericana aparece el personaje del Dictador, de la mano de novelas de la talla de *El otoño del Patriarca*, de Gabriel García Márquez; *Yo, el Supremo*, de Augusto Roa Bastos; *El Recurso del Método*, de Alejo Carpentier; y *Conversación en la Catedral*, de Mario Vargas Llosa. La crítica opina que El Dictador es el primer personaje netamente latinoamericano aportado a la literatura universal.

Con estos antecedentes, todo parece indicar que en nuestros días nos encaminamos a generar otro personaje literario típico de nuestra región: El Pastor Corrupto. Este es un falso religioso que lucra a partir de la ignorancia y el fanatismo de un sector de la población, a lomos de un discurso mesiánico que dirige a las masas. La relación pastor–feligresía produce múltiples resultados socioeconómicos, espirituales, psicológicos y hasta políticos –como lo vimos en fecha reciente en nuestro país–, que necesariamente conducen a experiencias fantásticas, inverosímiles, que a la larga es la materia prima de la literatura. Para alcanzar la categoría de personaje literario, el Pastor Corrupto debe cumplir con ciertos requisitos: 1. Una personalidad carismática, con grandes dotes de

convencimiento; 2. Verbo febril acompañado de una gestualidad impactante; 3. Un mensaje evangelizador que trasciende la vida terrena, con abundantes recompensas en el Paraíso después de la muerte; 4. Toda la parafernalia de su discurso de Salvación lleva implícito un sutil elemento económico, tradicionalmente conocido como diezmo; 5. El Pastor Corrupto tiene un objetivo fundamental: acumular riqueza personal y disfrutar de los placeres de la carne. Para ello ejerce una doble moral y un cinismo a toda prueba; 6. Para alcanzar sus propósitos, este personaje se apoya en los medios de comunicación masiva y en la tecnología de redes sociales, algo de que carecían los impostores de antaño.

Con todos estos factores en juego, el rufián de la picaresca española es un niño de pecho ante el Pastor Corrupto; el delincuente de la novela policíaca pasa por un ratero de poca monta; tan solo el dictador se asemeja en la acumulación de bienes y lo supera en el ejercicio de la maldad y en la ostentación de poder; sin embargo, solo un caballero andante como Don Quijote de la Mancha lo iguala en fantasía y aventura, aunque el primero sea un soñador y el Pastor un delincuente.

La novela del escritor costarricense Carlos Morales, *Aguas del Torres me llevan*, se ocupa de esta figura singular del Pastor Corrupto en la sociedad moderna. Aquí el autor va describiendo el ambiente de niñez y adolescencia, que van moldeando la personalidad del futuro líder religioso. Ese ambiente lo componen los barrios cercanos a la rivera del río Torres, río que funciona como símbolo de las aguas, elemento común a casi todas las religiones monoteístas y panteístas. Pero además, el río Torres es también el factor aglutinador de todo lo que acontece en el espacio geográfico donde se desarrolla la novela. De este modo, el concepto espacial del libro se vincula fundamentalmente con el río Torres. Guardando las distancias, el río Nilo es clave en la cultura y en la religión Egipcia; el río Ganges en el Hinduismo; el mar Muerto y el mar de Galilea en el Cristianismo y en el Judaísmo. Tanto en el Islam como en el Budismo, el agua es un elemento común en los ritos de la congregación.

Después de leer la novela de Carlos Morales, he ido a las paradas de buses del centro de San José, a la Plaza del Correo, al parque La Merced y al parque Central, con el único propósito de analizar con detalle a los predicadores que voz en cuello arengan al transeúnte y ahí he tratado de

comprender al Otro, al Pastor que está en la cúspide de la pirámide, el que seduce en los grandes templos, el que impone su voz en la radio y su figura en la televisión, el que acude a internet, el que se desplaza en aviones y carros de lujo. El magnate de la religión. Entre el sujeto del parque La Merced y el Pastor de alto vuelo está la sustancia que da vida a la literatura y que es, en esencia, el contenido de esta novela. Otros escritores nacionales han abordado el tema desde otra perspectiva: Warren Ulloa en *Elefantes de grafito* y Faustino Desinach en la novela *Perversos*, pero hasta donde he llegado a leer, el libro de Carlos Morales es el primero donde el Pastor corrupto es el personaje central.

Algunos antecedentes del líder religioso en la literatura los encontramos en el reverendo Lawrence Shannon, en la obra de teatro *La noche de la iguana*, del dramaturgo estadounidense Tennessee Williams, obra de 1948, donde un cura alcohólico y promiscuo es desenmascarado y rechazado por la feligresía. Otro filón del pastor descarrilado que alimenta la literatura es el sacerdote guerrillero tipo Camilo Torres o León Rivas, cura rebelde y secuestrador, de la novela *Cónsul honorario* del escritor británico Graham Greene. En 1965 el cineasta Luis Buñuel propuso al místico *Simón del desierto*, en la película homónima, tentado por la sensualísima Silvia Pinal, y para finalizar el recuento de santones blasfemos, el Premio Alfaguara de novela del año 2010 se lo llevó una obra de esa línea, *El arte de la resurrección*, del chileno Hernán Rivera Letelier.

Con esto quiero decir que desde hace muchos años estaba presente la semilla del pastor corrupto, pero con ciertos atenuantes de ingenuidad, debilidad humana o sacrificio social; es hasta los últimos años que aparece la figura del pastor pedófilo, estafador a gran escala, inmoral, depravado y cínico, como personaje directo de la literatura. Este fenómeno es consustancial con la apertura de la sociedad, la revolución tecnológica y desaparición de privilegios ante la justicia. Hace solo unas décadas era impensable desnudar la corrupción de los líderes religiosos y menos llevar esas historias al cine, a la radio, a la literatura y a la televisión.

La novela de Carlos Morales tiene varios méritos: cuenta una historia clara y concisa, de carácter cotidiano, sin laberintos argumentales o experimentos de forma que confundan al lector. Los personajes son creíbles y cercanos a cualquier ciudadano de San José y provincias. No hay falsos pudores o concesiones al poder de los grupos religiosos que existen en el país. El tema es una actualidad lacerante, tan próxima y decisiva como la vivimos hace solo unos meses, lo que convierte la obra en el revulsivo social, con alcances reflexivos profundos.

Elementos clave de la novela

Espacio y tiempo. El espacio de la novela son los barrios josefinos cercanos al río Torres, donde se forma el personaje central de la obra. El tiempo es progresivo, lineal, que va desde la infancia a la senectud del pastor.

Lenguaje. El lenguaje es coloquial, de fácil acceso para el lector. El lenguaje cede todo el protagonismo a la trama, incluso se aleja hacia papel de motor o conductor de la historia, sin rivalizar con el contenido. La prosa es imperativa en toda la novela, de modo que no existe el diálogo.

Estructura y forma. La estructura de la novela es convencional, no muestra experimentos de forma; tan solo introduce elementos como la poesía o documentos complementarios de lo que se va contando.

Ritmo y estilo. Sobresale el ritmo trepidante de la trama, casi cinematográfico, visual y secuencial. El autor muestra un salto cualitativo sorprendente respecto de su última novela, en cuanto al manejo de la historia y la forma en que va narrando. La soltura, el estilo del escritor, facilita al lector la comprensión de los acontecimientos y apoya el disfrute de la lectura.

Personajes. El pastor absorbe casi la totalidad del protagonismo de la novela, tan solo el personaje femenino, Milagro, asoma en el transcurso del argumento. Otros personajes pasan prácticamente inadvertidos.

Desenlace. El autor arriesga la novela en un desenlace brutal, donde la violación de un niño provoca el fin de la trama. Con admirable destreza, el autor sale bien librado de la faena, apostando a un cierre dramático, congruente con el ritmo de la ficción que hemos leído. El pastor de esta novela muere en junio 2018 y en diciembre 2019 su hija sugiere que la historia de su padre podría generar un libro. Yo, como lector soberano, interpreto que esta novela de Carlos Morales es ese libro y que el autor, consciente o inconscientemente, mediante un juego de tiempo se anticipó a ese proyecto. La literatura admite ese tipo de maniobras.

Portada. Repite esta novela la formidable portada de la novela anterior, con originalidad, buen gusto y sobre todo, con un apego a la historia que contiene el libro. Todo ello no es fácil de sintetizar en una lámina que induce a la lectura, agrada y promueve la compra del libro.

Resumen. Muy buena novela de un periodista que ha madurado notoriamente como novelista. Se percibe la intensa lectura, el cuidado de las normas del género y un final sin concesiones. ☒

Mario Zaldívar Rivera (San José, 1954). Escritor e investigador costarricense. Es licenciado en Administración Pública por la Universidad de Costa Rica y realizó el curso de Maestría en Administración Pública en la Fundación Getulio Vargas en Río de Janeiro, Brasil. Entre 1989 y 1991 fue Presidente de la Asociación Panamericana de Instituciones de Crédito Educativo, APICE, cuya sede está en Bogotá, Colombia. Entre sus publicaciones destacan: *Antología del III Concurso Laboral Iberoamericano de Cuento y Poesía*; *Caja de Compensación Javiera Carrera* (Chile, 1985); Varios autores: *Cuento Esperante* (EDUCA, 1986); *Cuento y poesía* (EUNED, 1994); *Crédito Educativo, Siete Ensayos* (Editorial Guayacán, 1995).